

de conjunto y más amplia de todo este cambio de sistema comercial, con auténticos descubrimientos que nos devuelven un cuadro mucho más sofisticado del que ya conocíamos. Dos ejemplos servirán para ilustrarlo: el relevante episodio brasileño y la reivindicación del papel de Gibraltar como plaza intermediaria.

Los méritos en el trazo de conjunto y en la demostración a través del ejemplo microeconómico son innegables. El resultado de conjunto es irreprochable y quedará como una aportación difícilmente superable sobre una cuestión de trascendencia indudable. El autor es deudor de un esquema de interpretación de la historia económica catalana y española de la escuela de la que forma parte. En el centro de las preocupaciones de la misma se encuentra una reflexión sostenida sobre el hecho capital de la historia catalana contemporánea, aquel que configuró la sociedad catalana con las características que le son propias. En principio no tenemos nada que objetar a esta vocación por definir un campo de estudio. Quizás la única observación que podríamos realizar sería sugerir la conveniencia de abrir algo más el ángulo de visión desde el que observamos la génesis de la sociedad estudiada. Fijarnos algo más en aspectos no despreciables que puntuaron el cambio hacia una sociedad capitalista industrial. Fijarnos, por ejemplo, en sus hábitos de consumo, tan determinantes tanto en casa como en Europa, en el momento de asignar los factores de producción. Formulado de otra manera, no parece que sea estrictamente necesario, o suficiente quizás, explicar la importancia de un sector exportador por su contribución a la financiación de las importaciones necesarias al gran sector industrial (la indianería del lino) en su infancia. Hay un punto de finalismo en esta subordinación explicativa. Un énfasis excesivo en un aspecto que no es lo bastante generoso, probablemente, con las decisiones menudas pero decisivas de una buena parte del campesinado, aquel que eligió dedicar una buena parte de sus ahorros monetarios y de horas de trabajo sustraído a otras ocupaciones a un sector que apelaba a una demanda muy elástica, tanto local como internacional. Este matiz no nos impide reconocer la forma magnífica en que el autor razona la conexión entre las exportaciones agrícolas y las importaciones de primera materia para la industria. Insisto, el matiz que hemos introducido no oscurece en absoluto la brillantez de un producto tan bien argumentado, construido y perfectamente expuesto con el que el autor contribuye de manera destacada a la historia económica catalana, española e internacional. Después de dos siglos de economía española en buena medida replegada sobre el mercado interior (y su prolongación colonial en el siglo XIX), redescubrir el enorme grado de apertura de algunas economías peninsulares en otros momentos es una gran satisfacción. Francesc Valls ensancha con investigación de alta calidad la perspectiva en la que situamos el caso catalán. Conviene aprender la lección en esta coyuntura de integración económica a escala europea y mundial frente a las tentaciones aislacionistas que, vestidas con ropajes muy diversos, pueden acechar la mente de los descendientes de aquellos antepasados nuestros que creyeron fervientemente en el Reus, París y Londres.

JOSEP M. FRADERA

J. C. DAUMAS, *Les territoires de la laine. Histoire de l'industrie lainière en France au XIXe siècle*. Villeneuve d'Ascq, Presses Universitaires du Septentrion, 2004.

El autor del libro, Jean-Claude Daumas, es profesor de Historia Contemporánea de la “Université de Franche-Comté”. Especialista en historia de la industria textil lanera, ha realizado diversas investigaciones sobre sus dinámicas territoriales, sus empresas y las políticas patronales, desde su vinculación a los centros de investigación en historia del siglo XIX de las Universidades París I y París IV.

La publicación que reseñamos es precisamente una versión revisada de su tesis de habilitación para dirigir trabajos de investigación sostenida en la Universidad París IV en diciembre del año 2000.

Desde comienzos de los años noventa ha publicado diversos trabajos sobre la evolución de la industria lanera de algunos de los principales centros productores franceses: Elbeuf (Normandía), Roubaix-Tourcoing (Nord) o Bischwiller (Alsacia); sobre la historia de sus empresas (“Blin et Blin”) y sobre organizaciones patronales (“Consortium de l'industrie textile de Roubaix-Tourcoing”).

En 1997 vio la luz una primera reflexión global sobre la evolución de la industria lanera francesa en el largo plazo, *L'industrie lainière en France: un siècle de mutations (1870-1973)*, en el número 47 de “Matériaux pour l'histoire de notre temps” y en el año 2000 una contribución teórica a la discusión sobre el concepto “Distrito industrial”, *Districts industriels: un concept en quête d'histoire*, en el número 19/20 del “Bulletin du Centre d'Histoire Contemporaine de l'Université de Franche-Comté”.

El libro que se reseña constituye un primer intento de análisis de la evolución comparada de algunos centros franceses con un peso importante de la industria lanera, que responden al concepto de territorios manufactureros, acuñado por el autor, en contraposición al de distrito industrial, desarrollado por Giacomo Becattini, y las razones de su éxito o fracaso. Abarca el periodo del siglo XIX, desde el paso de la producción manual dispersa al proceso de mecanización y al sistema de fábrica, con cronologías distintas según las regiones, y los comienzos del XX, en concreto hasta 1914, por lo que significó de ruptura la Primera Guerra Mundial.

Contiene una introducción en la que analiza el estado de la cuestión sobre los estudios dedicados a la industria lanera francesa y su concepción de las diversas organizaciones territoriales de la producción. Continúa con cuatro grandes capítulos dedicados al estudio de una muestra de centros productores, con sus especializaciones respectivas, en lana peinada o en lana de carda, de las causas del triunfo o fracaso de unos y otros en las distintas ramas y de la consolidación de la posición hegemónica alcanzada

por uno de ellos: Roubaix-Tourcoing. Termina con un inventario de las diferencias entre unos y otros, como balance explicativo de sus comportamientos divergentes a lo largo del período analizado.

En cada uno de los llamados territorios de la lana estudia los diferentes aspectos que configuran la definición de este espacio productivo: un espacio articulado alrededor de un núcleo principal con una larga tradición; un alto grado de especialización en un tipo de producto que ha necesitado la acumulación de una larga experiencia; el sentimiento de pertenencia a un oficio común y la necesidad de interrelaciones internas dentro de un mismo territorio; un empresariado con una cultura y unos comportamientos comunes; una concentración de empresas con tamaños y formas distintas, muy próximas geográficamente las unas de las otras, que, a pesar de una profunda división del trabajo, forman un todo completo; un mercado de trabajo cuyas características deben asegurar la movilidad de la mano de obra; y la existencia de unas instituciones y de unas reglas aceptadas por todos que garanticen el buen funcionamiento del conjunto del sistema productivo.

El autor considera el modelo de distrito industrial de Becattini demasiado rígido para analizar la diversidad de casos y poco útil para el estudio de algunos centros productores franceses que, si bien presentan coincidencias con los elementos que definen el distrito industrial, también muestran numerosas divergencias.

A partir de este esquema, que el autor define no como una síntesis de diversos casos particulares, sino como un modelo ideal abierto a correcciones, pasa a estudiar la evolución de distintos territorios que aportan en mayor o menor proporción una parte importante de la producción lanera francesa total.

El autor utiliza el éxito del núcleo Roubaix-Tourcoing como eje del discurso y contrapone este modelo a los que no tuvieron los mismos resultados y acabaron fracasando.

Es evidente que en el caso francés, a lo largo del período estudiado, las ciudades de Roubaix y Tourcoing y otros municipios de su entorno se convirtieron en el territorio que concentraba la mayor parte de la capacidad productiva de la industria lanera francesa en su conjunto y que detentaba la hegemonía en una de sus ramas, la de la lana peinada. Efectivamente, el comercio de lanas, el peinado y la hilatura de estambre, la hilatura de carda, el tisaje de tela para vestir y para tapicería, las industrias de tintes, aprestos y acabados, pero también la industria algodonera, la linera y la del yute tenían una importante presencia en dicho territorio al lado de numerosas empresas de género de punto y de confección.

El primer capítulo, que lleva por título el triunfo del peinado, constituye el reconocimiento del éxito de Roubaix-Tourcoing al escoger este sector y situarse al lado de los vencedores, frente a los núcleos de Sedan o Elbeuf que, con una larga experiencia en la elaboración de productos de lana cardada de alta calidad, no supieron adaptarse al sector en expansión, el de la lana peinada. Pero tampoco tuvieron continuidad en su desarrollo otros núcleos que optaron decididamente por la lana peinada, como Fourmies y Reims, que después de una etapa de crecimiento espectacular, acabaron entrando en un proceso de recesión hasta casi su práctica desaparición a comienzos del siglo XX.

Ello no quiere decir que otros centros que continuaron la tradición de la lana de carda

o se incorporaron a este sector más tardíamente no tuvieron éxito. El autor destaca en este caso la excepción de Vienne.

Efectivamente el alto nivel de concentración de la industria lanera y en especial de la rama de lana peinada es un fenómeno general en los principales países productores europeos, tanto en los de mayor peso, como en los menos importantes. Roubaix-Tourcoing tienen su equivalente británico en Bradford-Leeds, y en España, por ejemplo, este subsector se concentró en el núcleo vallesano de Sabadell-Terrassa.

La mayor parte de la obra analizada se centra en la explicación de las razones que llevaron a las dos ciudades del norte de Francia a convertirse en las dominadoras de la industria estambrera y de la industria lanera francesa en general y en uno de los centros de referencia de la producción mundial.

Efectivamente, a partir de los años cuarenta del siglo XIX y, en especial de los sesenta, Roubaix-Tourcoing sustituyen el algodón por la lana y recuperan un sector productivo tradicional, abandonado a finales del siglo XVIII, cuando el algodón se convirtió en motor de la industrialización. En este proceso de cambio el binomio de estas dos ciudades optó de manera predominante por los tejidos de lana peinada y en menor proporción por los tejidos de mezcla de lana y algodón, con una gama variada de productos y manteniendo siempre el principio de la calidad al mejor precio.

Con una clara vocación exportadora tuvo que hacer frente a la concurrencia británica, de la que dependía además para la importación de lanas de fibra larga adecuadas para el peinado. En esta dirección buscó la independencia en la provisión de lanas yendo a buscarlas directamente a los países productores del Hemisferio Sur, primero a la región del Plata, después a Australia y Nueva Zelanda y posteriormente a Sudáfrica, creando una importante red comercial que sobrepasó los límites de las necesidades de su industria y se extendió por el resto de Francia y por otros países europeos. Desarrolló al mismo tiempo una importante trama comercial para la exportación de peinados e hilados y también de tejidos, que funcionó interconectada a la del comercio de lanas. Realizó un importante esfuerzo inversor en la creación de empresas a partir de capitales familiares y en la reinversión de beneficios en la expansión de las mismas o en la creación de filiales, dando lugar a un tejido de empresas de distinto tamaño, con un peso importante de las de dimensiones mediana y pequeña, predominantemente especializadas y complementarias entre sí. Y cuando en los años noventa se reinstauraron y reforzaron las políticas proteccionistas, una parte importante de este esfuerzo se canalizó fuera de Francia, tanto en Europa como en otros continentes, para poder mantener sus cuotas de participación en los mercados exteriores. Contó, finalmente, con un contingente de mano de obra abundante dentro de su propio territorio, reforzado de manera decisiva por el flujo de excedentes del otro lado de la frontera, los trabajadores belgas, que llegaron a representar más de la tercera parte del total de mano de obra empleada.

La cercanía a los puertos de Dunquerque y Calais y a los recursos carboníferos de las proximidades y la construcción de una red ferroviaria y de canales, fueron complementos decisivos para su expansión.

El predominio de la empresa familiar, de familias numerosas que distribuían a sus miembros por distintas ramas de la producción y del comercio y la llamada política matrimonial entre las mismas, contribuyeron de manera decisiva a la supervivencia de las empresas por su vocación de continuidad. La relación entre familia y empresa fue una caracterís-

tica esencial del tejido industrial en ambas ciudades; garantizaba tanto la aportación de capitales, siempre y cuando los beneficios fueran elevados, como unas estructuras jerarquizadas que se trasladaban de forma mimética de la familia a la empresa.

La preocupación de los empresarios por la formación de sus descendientes fue una constante. Primero en la propia empresa; después, y en menor grado, en los centros de enseñanza técnica superior existente en ambas ciudades; pero principalmente hubo un enorme interés en que conocieran idiomas y el funcionamiento de empresas de otros países, para lo que favorecieron sus estancias de larga duración, fundamentalmente en Inglaterra, Alemania o Estados Unidos.

Se dotaron de instituciones para la defensa de intereses corporativos tanto frente a los trabajadores y a las políticas económicas de los gobiernos que consideraban perjudiciales, como para la regulación del comercio de lanas y para la promoción de sus productos en los mercados.

Las políticas paternalistas del empresariado fueron también una característica esencial, no tanto a nivel individual, sino más bien a partir de instituciones y políticas colectivas. Inspiradas en principios católicos, trasladaba los conceptos de caridad y ayuda a los más débiles a las políticas sociales, por ejemplo, en materia de vivienda y subsidios familiares otorgados a los trabajadores.

Todo ello sin renunciar a una sana competencia interna que obligaba a la innovación constante del producto y a la búsqueda de todas las vías posibles para mejorar los niveles de competitividad tanto en el mercado interior como en el exterior.

Analizadas las características positivas esenciales del complejo lanero de Roubaix-Tourcoing, no elude las referencias a sus debilidades. Entre ellas se destaca un cierto atraso técnico en algunas fases del proceso productivo, la debilidad de las inversiones en la mejora de los aparatos productivos, el escaso grado de integración vertical de las empresas, su dispersión y su pequeño tamaño medio y el predominio de la voluntad de expansión frente a la de modernización.

Este complejo textil lanero tuvo un crecimiento continuo a lo largo del periodo estudiado, lo que lleva a considerarlo como un ejemplo eficiente, frente a otros que pasaron de un desarrollo rápido a un declive con la misma velocidad o que languidecieron lenta y progresivamente. A la hora de explicar los fracasos se centra, según los casos, en factores de retraso tecnológico y de costes elevados como en Elbeuf y Sedán o en la excesiva especialización y la inadaptación al mercado, respectivamente, en los casos de Fourmies y Reims, en los que coinciden además la pequeña dimensión de las empresas y la falta de inversiones. Frente a estos fracasos, el autor alude al caso de Vienne, que consiguió reducir costes con el uso de lanas regeneradas y la mejora de la productividad sin perder calidad en los tejidos de carda que elaboraba.

El libro, globalmente, nos presenta la suma de análisis territoriales de distintos centros laneros franceses, los que responden a su concepto de territorio manufacturero. Con ello la visión de conjunto de la industria lanera francesa que figura en el subtítulo de la obra queda incompleta. Deja al margen, por ejemplo, los territorios del sur: el complejo Mazamet-Castres-Labastida, con un importante comercio de lanas, la especialización en el "delainage" y una importante producción de hilados y tejidos; el núcleo de Lavelanet-Laroque d'Olmes; y otros centros menores del "Midi", todos ellos con una larga supervivencia. A

pesar de que da algunas referencias a ellos dentro de un marco general, no merecen un capítulo especial en el que se analicen sus particularidades y las razones de su longevidad.

También son escasas las comparaciones con otros núcleos de producción lanera de los principales países europeos que hubieran permitido contrastar las particularidades y coincidencias de los casos franceses y la validez de sus planteamientos teóricos. En el libro sólo aparecen algunas referencias a las exportaciones laneras de algunas primeras potencias europeas para mostrar únicamente el declive de las francesas a partir de los años noventa.

El libro, sin embargo, constituye una importante aportación al estudio de territorios concretos, tanto por la utilización de todas las variables internas posibles como por la capacidad de análisis de su interrelación. El esfuerzo por superar el estudio de aspectos parciales y aplicar un modelo de interpretación innovador es notable.

Este esquema debe permitir completar y racionalizar el estudio de otros casos, detectar las debilidades particulares y de conjunto y contribuir a la interpretación de la evolución posterior de la industria lanera francesa, especialmente en el período de entreguerras, cuando se frena su crecimiento y se acentúan las deficiencias que emergerán con mayor fuerza a partir de los años cincuenta del siglo XX.

ESTEVE DEU